Enrique Solla

Fuego en el 23

El desenlace

Enrique Solla

Fuego en el 23

El desenlace

Segunda parte de la serie AZúcar Negra

Fuego en el 23 - El desenlace

PUBLICADO POR EL GRUPO BOLCHIRO

BOLCHIRO, S.L, Zurbano, 47 - Madrid, 28010

BOLCHIRO, LLC (c/o OSB Business Services Inc)

180 Varick Street - New York, NY 10014

© Del texto: Enrique Solla

© De las ilustraciones de cubierta: Fernando Hoyos

Diseño de cubierta: Laura Camuñez

© De la presente edición: Bolchiro, S.L

ISBN eBook: 9788415211693

ISBN impreso: 9788415211686

Depósito Legal: M-15058-2014

Impreso por www.publishprinting.com

Advertencia

Si tienes este libro en tus manos y no has leído *Fuego en el 23 - El despertar*, estás de suerte. Tus buenas obras pasadas han puesto el karma a tu favor y te han colocado en la senda correcta. Sin embargo, debes empezar el camino por el principio, si no quieres perderte. Hazte con el primer volumen de la serie AZúcar Negra y disfruta de la aventura más increíble que el mundo de la salsa haya compuesto, vivido o bailado.

Enrique Solla

Te dedico este libro a ti, querido lector, que has decidido continuar con el segundo volumen de AZúcar Negra. Y, de paso, te regalo un consejo: cuando pases miedo en algún capítulo, levántate y baila. Nadie mata a alguien que está bailando.

Baila o muere.

Índice

Introducción 13
Epígrafe 17
Canto a Shangó. 18
70. Una nueva situación 19
71. Real Madrid versus F.C. Barcelona 24
72. Viaje al centro de la mente 29
73. Dos son compañía. Tres, ¿multitud? 33
74. El primer ruso, el primer sombrero blanco. 38
75. Homenajeando al Gran Combo antes de matarlo 55
76. ¿Amigas o rivales? 60
77. Otro paseo por el pasado 65
78. Mujercitas… ¡Y una mierda! 81
79. Último capítulo del antes de ayer 91
80. Donde hay negro, hay brujería 100
81. Reunión de artistas 107
82. ¿Quieres saber lo que se cuece? Pues calla y obedece 118
83. En el nombre de la Rosa… Linda 125
84. Como dos viejos zorros 133
85. Cordero con piel de lobo 140
86. *Aché* para ti. 148
87. En la consulta del padrino 154
88. Cuando el álbum familiar se rompe del todo 160
89. Y todo gracias al babalawo (¡O por culpa de el!). 169
90. De mal en peor 175
91. Cara a cara 183
92. Unos pasos de tango para respirar 193
93. Terminémonos el café en paz 195
94. Dispara de una vez 199
95. Malditas pecas 209
96. En tiempos de guerra no se debería bailar 215
97. ¿Bailamos? 218
98. Con el permiso de mamá o sin él 225
99. El hombre no desciende del mono, desciende *hacia* el mono 229
100. Abren las blancas. Jaque en diez movimientos 236
101. Eligiendo bando 239
102. Campo de batalla… familiar 243

103. La historia de amor que hacía falta conocer 253
104. Pobre Matías 263
105. Bésame como si fuera la última vez 270
106. Mi nieta Fara 280
107. Tres mil millones de euros por un milagro 288
108. La picardía de Isaura 296
109. Ácido mentálico 301
110. De tal palo, ninguna astilla 306
111. Ese algo llamada amor 314
112. La última candidata 323
113. Sábado 23 de abril de 2011 330
114. Veintiséis a uno 335
115. El sacrificio de Leo 339
116. Cita con la salsa 344
117. Con el séptimo de caballería a cuestas 352
118. Sobre una caja de Pandora 356
119. Tras bambalinas 360
120. Una pastilla roja, por si acaso 367
121. Yo te obligo 372
122. Esther, Yoana, Mónica y Samantha 378
123. El seguro contra accidentes 390
124. Sin vuelta atrás 393
125. Fabián, Enoch, Alfonso y Roi (y la sorpresa final) 399
126. La historia de amor que trajo el AZúcar 409
127. Reencuentros y Desencuentros 419
128. Choque de trenes 425
129. La rumbera que conquistó a Celia Cruz 432
130. El negro del escenario 440
131. *Shangó* 442
132. No nos mires, únete… o te arrepentirás 448
133. Que levante la mano, la diva del mambo 450
134. Ser o no ser, esa es la cuestión 452
135. Todo tiene su final 460
136. ¡Yo no puedo bailar salsa! 469
137. Traigo algo que no abunda 471
138. Vamos a jugar al sesenta y nueve 474
139. La venganza de la boricua 484
140. Hija del *rusuba* 491
141. La fuente que les parió 495
142. Del blanco al negro 499

143. No sin mi hija 503
144. Hasta que salte la chispa. 516
145. El comodín de la llamada 523
146. Tejiendo la gran mentira. 525
147. El final que dio paso a un principio 534
148. Arranca, cojones. 540
149. Como palomitas en el microondas 544
150. El susto final. 550
151. Sabes ustedes aquel… 558
152. Un nuevo proyecto 561
153. Hasta nuevo aviso. 569
Fin. 579

De golpe y porrazo, el futuro se había presentado en su puerta haciendo añicos su presente.

«Ya no hay marcha atrás» −pensó Cynthia, revisando los pocos libros que tenía PéBé en las estanterías del salón, rodeando la televisión de plasma. Descubrir sobre lo que versaban solo ahondó en la decepción −. «Manuales de fontanería, albañilería, carpintería, supervivencia en la montaña, escalada…¿Es que Álex no se ha leído ni un libro de verdad?»

Mientras se maldecía por su suerte −tener que entrenar a un ignorante no era plato de buen gusto para ningún maestro−, miró de reojo al b-boy. Se había echado a dormir en el sofá de su salón, dejando su dormitorio y el de invitados para Isaura y para ella.

En la calle acababa de amanecer, pero dentro del salón la oscuridad era casi absoluta, gracias a las persianas bajadas. A Cynthia no le importaba. Todo lo contrario: le encantaba. Se había animado incluso a deshacerse de sus sempiternas gafas de sol (las llevaba atravesadas sobre su melena albina) y con sus ojos celestes, acostumbrados a la ausencia de luz, era capaz de leer los títulos de los libros −si es que a aquella colección de porquería se le podía llamar "libros"− y distinguir la respiración profunda y tranquila del muchacho.

−La guerra ha comenzado −le susurró a su futuro líder rebelde, mientras se acercaba a él−. Ya no se trata de prepararte para el futuro, compañero. La cosa es aquí y ahora.

Mirándolo bien, PéBé tenía las hechuras perfectas para desempeñar el papel que ella le había reservado. Incluso dormido se podía apreciar en él, con todo lujo de detalles, su impresionante musculatura. Sus proporciones recordaban a los patrones griegos, a los atletas de la antigüedad.

«Su perfección seduce a simple vista» −reflexionó Cynthia−, «pero no empacha como esos energúmenos ciclados que a veces se ven por la calle, todo músculo y nada de cerebro».

Para la gallega las cualidades físicas estaban tristemente sobrevaloradas. La musculatura, así como la belleza, debía tener un propósito. Por eso le encantaba PéBé como líder rebelde. El joven infundía la misma confianza que los acróbatas del Cirque du Soleil cuando saltaban por los aires y realizaban hazañas increíbles. Aunque Cynthia no podía verle

los ojos negros, negrísimos −y un tanto achinados− en esos momentos, sabía que estaban dotados de la serenidad y la honestidad que necesitaba un líder; y su voz, segura y asentada, estaba convencida de que, con quitarle los tacos de la boca y enseñarle un par de trucos de oratoria, bastaría para desmoronar cualquier duda en los oyentes. La gente le seguiría. Como decía él: "hasta el infinito y más allá".

Sin embargo, todavía estaba verde. Y no disponían de tiempo para que madurara.

«Aún eres un niño» −se preocupó, mirándole cada vez más de cerca−, «y tengo que convertirte en un hombre» −sacudió la cabeza, negativamente. Luego se detuvo−. «Aunque… quizá nos ayuden los últimos acontecimientos, ¿no crees, Álex? Después de lo de ayer, hasta yo me siento más preparada, más decidida».

El sábado por la noche habían muerto asesinadas sus dos compañeras de piso: Lourdes (la del trastorno afectivo bipolar), y Sandra (la agorafóbica). Habían recibido un balazo en la cabeza en la habitación de Cynthia, llenando de sangre sus sábanas, su almohada, y gran parte de sus libros. Y todavía no sabían por qué. No obstante, la pequeña otaku, amante de la cultura nipona, había cumplido antes de morir, ejerciendo de puente entre PéBé y Cynthia. Les había presentado. Y, por ello, para Cynthia, ya podía morir en paz.

«Nunca olvidaré el importante papel que desempeñaste en nuestra rebelión, amiga» −dijo Cynthia para sí, asintiendo con la cabeza.

Para el b-boy, Sandra había sido como la hermana pequeña que nunca había tenido, si se obviaban los esporádicos escarceos sexuales. Ya se encargaría la consejera de honrarla como era debido, en el futuro, cuando hubieran derrotado a las hordas de Tutor.

Cynthia, por lo tanto, era la única superviviente de la casa de las locas, la única que no había recibido un balazo mortal del cañón del asesino.

Eso dejaba huella:

«Como anunciaba ya Nietzsche» −se decía a sí misma la gallega −: «"*Was nicht umbringt, macht dich stärker*"».

Los disparos resonaban en la cabeza de Cynthia, por supuesto que sí, pero no como lo harían en la cabeza de cualquier otro. En Cynthia los disparos no conseguían acallar las risas de Sandra, que recordaba perfectamente, ni la cargante misandria de Lourdes y sus comentarios sexistas, o esas largas sobremesas en la cocina, sobre todo aquellos domingos en los que la segoviana preparaba cochinillo al horno.

Las echaba de menos. ¿Cómo no iba a hacerlo? No obstante, ella era diferente. Cynthia estaba hecha de otro material. Siempre había sabido que su vida sería solitaria, condenada a vivir entre libros, tan alejada de la humanidad como de la luz del sol. Ella podía asumir más rápido que los demás el cambio, la muerte, incluso el sacrificio. Por eso iba a ser ella quien cuidara de PéBé, y no al revés. No lo prolongaría más de lo estrictamente necesario; tendría que ser el tiempo justo para recuperarse, para que respirara hondo y pasara página. Ni un minuto más. No había tiempo para andarse con largos lutos ni sentimientos de culpa.

El enemigo se había mostrado.

El mal había llamado a su puerta, ¡qué carajo!, la había reventado de tres disparos, y se había llevado por delante a cuantas vidas se había encontrado a su paso, manchando de sangre sus libros. Si eso no era una afrenta, si eso no era una declaración de intenciones en toda regla, entonces ¿qué lo era?

Cynthia apretó la mandíbula y sus facciones se marcaron más de lo habitual.

«Tutor está detrás de todo» −afirmó, sin decirlo−. «Y pronto se dará a conocer. Esto ha sido solo el pistoletazo de salida».

Por eso, había tenido que salir de su refugio y buscar aliados. PéBé había sido el primero que había encontrado. Su líder rebelde.

−Los próximos días, Álex −le susurró, arropándole con la minúscula manta con la que se había peleado el b-boy toda la noche−, tú y yo vamos a tener que trabajar sin descanso, para afrontar la inminente oleada.

Ese era el problema. Lo que más le preocupaba a la vidente albina. Aunque habían pasado casi diez días desde que se cumpliera su última premonición, el incendio de El 23 y las víctimas mortales, según pasaban las horas, y los días, se iba encontrando más inquieta, como si aquella tragedia no fuera más que el preludio de algo mucho peor, de una catástrofe a gran escala.

«Y esta vez me tocará más cerca que nunca. Lo sé. Lo presiento» −pensó, sacudiendo la cabeza.

Nunca antes había deseado despertarse rodeada de números, pero ahora se sentía incompleta, desequilibrada, como si le hiciera falta sufrir otra pesadilla, un último esfuerzo de videncia para desvelar su destino inmediato. El suyo y el de sus compañeros.

Si no conseguía dormir en las próximas cuarenta y ocho horas −ya lo

había decidido–, recurriría a medicamentos para obligarse a cerrar los ojos.

Y ya sabía lo que le pasaba cuando lo hacía.

Sin darse cuenta, su respiración se había vuelto más nerviosa y agitada, así que se separó del sofá y de PéBé para no despertarle.

Las palabras escritas en la pared del salón llamaron su atención, por enésima vez:

être fort pour être utile

¿Acaso era un mensaje para ella?

No. Pero este otro sí:

Azúcar.

Regresó a las estanterías de libros, más asustada de lo que habría reconocido, buscando el resguardo de sus páginas.

En aquella casa había alguien más. No solo estaban PéBé, Isaura y ella. Una presencia desconocida acechaba, arrebatándole la tranquilidad que ella sentía en la oscuridad. Cynthia no podía permitir eso. Si odiaba la luz, y su único consuelo estaba en las tinieblas, tendría que luchar para defender lo que era suyo. O se quedaría sin nada, regresaría la locura, y volverían a internarla.

Eso era lo que quería Tutor. ¿Sería uno de sus esbirros la presencia que sentía?

¿Y por qué le parecía que venía directamente de Isaura?

¿Qué escondía la negra?

¿Por qué era ella tan importante para el asesino, como para perseguirla por media ciudad?

La gallega levantó, por casualidad, una revista de escalada y debajo se encontró con lo que andaba buscando.

«Gracias. Gracias. ¡Gracias!» –pensó, abrazándose al libro.

Era una edición bastante moderna de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco.

El b-boy nunca sabría el gran favor que acababa de hacerle a su consejera. Cynthia se esfumó del salón y se encerró en el dormitorio para invitados. Echaba de menos las cerraduras de su viejo cuarto, pero tenía que conformarse. Bastante que tenía uno.

Abrió la novela por la primera página. Leyendo sentía que nada podía pasarle.

Por supuesto, estaba equivocada.

«Cría cuervos y te sacarán los ojos»
Dicho popular

Shangó mani coté,
Shangó mani coté,
olle masa Shangó mani coté,
olle masa Shangó ara bari coté,
Shangó arabaricoté,
ode mata,
icoté alama soicoté ye adá manicoté,
adá manicoté,
aran bansoni Shangó mani coté,
Shangó mani coté,
elle masa Shangó arambsoni,
Shangó ara baricoté,
odemata icoté soni sori Shangó arabaricoté,
arabaricoté,
ara sori he he lele,
aguó gue gue,
aro a mayo guera he he gue gue,
ha mayo amayo guera okokote,
aro egüe aro amayo guera manicoté,
Shangó manicoté,
oye mate manicoté,
oye mata alabao Shangó arabaricoté,
Shangó arabaricoté,
alaguao baricoté,
oye mata arabaricoté,
sori ashé Shangó mani coté,
soicoté ara adomemata,
ode ode odemata,
ode ode oye mata ara baricoté,
sori sori ode mata,
ade mata sori ashé baricoté,
ara baricoté sori ashé Shangó.

Canto a Shangó, el Orisha de la danza del fuego
(en el idioma yoruba)

70. Una nueva situación

Isaura llevaba un rato despierta, pero no se atrevía a levantarse. Todo le parecía un sueño. O una pesadilla, más bien.

¿Qué había sido del edredón de Betty Boop? ¿Y de sus cojines de Hello Kitty? ¿Dónde estaban las estrellas fluorescentes pegadas al techo, que los bolivianos habían distribuido con mimo y suma paciencia para imitar las constelaciones? No, definitivamente aquello no se parecía en nada a su cuarto. Aunque cerrara los ojos sabía que estaba en otro dormitorio. Solamente el olor…

¿Era así como se suponía que olían las sábanas de un hombre? "Desagradable" no definía aquel olor; "intenso" tal vez, tan exento de glamour y de frescura, que acudía "vulgar" a su mente, como la mejor definición. Si hubiera tenido su bolso a mano habría sacado su frasquito de *Princess* de Vera Wang, un perfume que solo podían permitirse las hijas de millonarios como ella, y habría esparcido unas cuantas gotitas a su alrededor.

«Con un poquito, nada más, habría bastado» −pensó, incorporándose.

Frunció el ceño. Enfrente de ella tenía dos pósters, un bosque y una montaña; más sosos, imposible. Pero no eran las ilustraciones carentes de toda gracia las que le hacían retorcer el entrecejo, sino la figura hecha de −¿de qué estaba hecha?−, imitando lo que a todas luces parecía ser un hombre escalando.

Se levantó y caminó por el cuarto hasta verla más de cerca, confirmando al fin sus sospechas. Latas, cables, tornillos, botellas… Material reciclado. ¡Estaba construida con material reciclado!

−¡Qué asco! −se le escapó.

Isaura se tapó la boca. Esperaba no haber hablado demasiado alto. Su caballero andante dormía fuera, en el salón, y no quería despertarlo. Pobrecito. Se lo había currado mucho para salvarla la noche anterior. Se merecía un descanso.

«Aunque eso no debería estar ahí» −pensó, mirando de reojo la pila de ropa sucia que tenía amontonada en la esquina−. «Mi caballero andante es un poco… un poco… guarrete, ¿no?» −se dijo a sí misma, tratando de quitarle importancia.

Suponía que en un hombre joven, soltero, que vivía solo, aquello era normal. No pudo evitar analizar un poco más el montón de ropa, sin

acercarse, por supuesto, comprobando que no hubiera ninguna prenda de chica. Mejor así.

Regresó la mirada a la estantería que tenía delante y espió la colección de DVD. ¡Qué pocos tenía! No habría más de veinte o veinticinco. Su padre y ella acumulaban en el salón cientos de ellos −puede que miles−, muchos todavía con el plástico original, destinados a no verse jamás. PéBé solo guardaba veintitantos y, junto a ellos, películas en VHS. ¡Cintas de vídeo!

«Madre mía».

Como si estuviese en un museo de antigüedades, se puso a revisar el lomo tanto de las cintas como de los DVD y, mientras su sonrisa crecía, comprobando que todas las películas habían sido vistas infinidad de veces, dado el estado de deterioro de las carátulas, se detuvo frente a una de ellas. Estaba abierta y sin el disco dentro. *El último Mohicano*: sí, recordaba haberla visto.

«Muy romántica» −se sonrojó al pensar en su héroe como un hombre sensible−. «Al final la chica de buena familia se queda con el indio guapo, ¿no?» −se dijo, entre esperanzada y divertida.

Y volvió al registro: *Willow*, *Braveheart*, *Gladiador, Matrix*…

−¡*La princesa prometida*! −exclamó, sintiendo cómo se le ponía la carne de gallina.

La caja no tenía la carátula original, ni siquiera fotocopiada en blanco y negro, como otras; solo la identificaba el nombre escrito a boli en un papel blanco, mal cortado y metido bajo el plástico, pero para Isaura fue lo mismo que reencontrarse con la copia especial masterizada para coleccionistas que tenía por duplicado en las estanterías de su cuarto en la mansión Figueiras.

Se abrazó a ella y cerró los ojos. Casi se transportó a casa. Pero no: faltaba comprobar una cosa. Abrió la caja y suspiró aliviada. El DVD, pirateado por supuesto, estaba en su interior. Menos mal.

«En cuanto tengamos un rato, le pediré a Álex que nos la ponga» −decidió, sonrojándose de nuevo.

Ya se sentía más feliz.

Por desgracia, la alegría no le duró mucho. A lo lejos, escuchó las campanadas de la iglesia.

«Hoy es domingo, domingo de Ramos» −se acordó, de pronto−. «Todos los domingos de Ramos, papá y yo vamos juntos a misa a bendecir el olivo y el laurel».

Efectivamente no había pasado una sola Semana Santa en la vida

de Isaura en la que el abogado no la hubiera llevado a la parroquia del Bautismo del Señor, la que quedaba más cerca de la Colonia Puerta de Hierro, en Madrid, para asistir a la conmemoración de la entrada de Jesucristo en Jerusalén. Isaura siempre llevaba las palmas y ramas de olivo y laurel y, después de ser bendecidas por el cura, se las entregaba a Lupe o a Gracia para que las colocaran en el salón. Y así, hasta el año siguiente.

«Cuando vea que no aparezco, se va a poner hecho una furia» −pensó la cubana, apretando otra vez el DVD contra su pecho−. «Y lo acabará pagando con los empleados de la casa. Quizá debería…»

«Cobarde» −se respondió a sí misma, interrumpiendo la pesadumbre que empezaba a sentir−. «No eres más que una cobarde» −insistió, en tono grave−, «ya estabas tardando en tirar la toalla. Por poco me convences de que algo había cambiado en ti, hermana». −Leo le hablaba tan claro como siempre−: «Pero ahí tienes la respuesta. No han pasado ni doce horas y ya te estás arrepintiendo de tu gran aventura del sábado por la noche».

−No me arrepiento de nada, jolín −se quejó ella, en voz alta.

«Pues demuéstralo» −siguió exhortándola su amigo invisible. Hacía mucho tiempo que Isaura ya no se lo imaginaba allí con ella pero, de vez en cuando, le escuchaba tan alto y claro como cuando era pequeña y le hacía compañía. Leo metió el dedo en la llaga−: «¿Qué te esperabas, que iba a ser pan comido? Esto es el mundo real, niña».

−No soy ninguna niña.

«Eso ya lo veremos».

−Sí, lo veremos.

La negra agarró el pomo de la puerta, lo giró y salió de la habitación. A su espalda dejaba, sin saberlo, junto a la cama deshecha, oculto en la penumbra del cuarto, a su ángel de la guarda. Así lo había bautizado su padre, después de que Isaura saliera milagrosamente ilesa de diversos accidentes sufridos en su infancia y adolescencia. El abogado Manuel Figueiras había encontrado una explicación en el catolicismo, a través del ángel de la guarda que cada uno tenía −eso era lo que le había explicado−, pero la cubana había preferido achacar esa buena suerte a la protección de su amigo imaginario. Leo, aunque malhablado y a regañadientes, había estado siempre ahí para cuidarla. Como un hermano gemelo.

Pero ni era Leo ni se trataba de un ángel de la guarda venido del cielo lo que vigilaba a Isaura y la veía salir del dormitorio, camino del salón,

abrazada a un DVD de *La princesa prometida*. Se parecía más a una bruja santera que a otra cosa. Y sus ojos color miel daban miedo. Mucho miedo. Como si se tratase de una pantera a punto de saltar.

¿Quién sería su próxima presa?

Azúcar.

A la bruja no le interesaba el muchacho: él era noble e inofensivo. No. Era la otra, la chica extraña, de mente poderosa; la gallega albina, ¡albina!, que no se quitaba las gafas de sol ni para comer. En cuanto hiciera su acercamiento −y lo haría, estaba segura−, llegaría el momento de conocerla, conocerla a fondo, sin miramientos ni consideraciones.

Hacía muchos años que la santera ya no estaba para andarse con rodeos.

Llevaba un rato despierto, pero ellas no se habían dado cuenta. Ni Cynthia, que había estado merodeando un rato por el salón, ni Isaura, que lo había cruzado de puntillas camino de la cocina. Tampoco él mismo quería reconocer que estaba despierto. Y que ya no podía dormir más.

La culpa de lo que había sucedido esa noche era suya, suya y de nadie más. Para proteger a la negra, había enviado al asesino directamente a la casa de las locas y, luego, había llegado tarde al rescate. Tanto Sandra como Lourdes habían muerto por su estúpida arrogancia. Se había creído el más listo de la clase, urdiendo un plan infalible, pero había hecho aguas a la primera de cambio.

¿Cómo iba a saber él que podían leerle la mente?

Joder, coño, esas cosas solo pasaban en las películas.

Ahora estaban los tres en su casa, en Pozuelo, y la estaba cagando de nuevo:

«El asesino sabe dónde vivo» −pensó, apretando la mandíbula−, «podría venir a por nosotros en cualquier momento».

Entonces, ¿por qué no se levantaba y las llevaba a un lugar seguro? ¿Por qué no, simplemente, llamaba a la policía y dejaba que los profesionales se ocuparan del caso?

Porque Isaura le había pedido que no lo hiciera. La cubana, por algún motivo que desconocía, se negaba en rotundo a regresar a su casa, con su familia. Y Cynthia apoyaba la moción. Decía que la guerra había empe-

zado y que la policía nada podía hacer por protegerles. Que solo serían un estorbo más.

«Bueno, lo que la gallega diga va aparte» −se obligó a recordar−. «Está loca, no puedo olvidarme de ello».

Por muy lista que fuera, por muchos libros que se leyera a la semana, por mucha percepción extra sensorial que tuviera, sufría de esquizofrenia paranoide. Y hasta en Bob Esponja era capaz de ver al enemigo.

De todas formas, ¿a quién quería engañar? Seguía allí, en su casa, porque era un testarudo, un cabezón, y ahora quería venganza. Para él, se habían terminado los días de ir detrás de los demás, con la lengua fuera, sin llegar a tiempo de salvar a Carmencilla del incendio de El 23, de rescatar a Sandra y a Lourdes de morir tiroteadas por un hijo de puta sin escrúpulos.

No. A partir de ese momento, PéBé tomaba las riendas de su destino y se quedaba donde estaba a esperar. Bueno, no precisamente a esperar:

−¿Sigues teniendo la pistola?

Se había incorporado en el sofá, había apartado la minúscula manta que no le había abrigado una mierda durante la noche y había marcado el número de su amigo Nico, el del taller de bicis, también bailarín de Poz Crew.

Solo que, esta vez, no quería hablar de bicis.

−Sí −contestó Nico, sospechando que iban a meterse en un lío.

−Hazme un favor, *tron*, tráemela a casa. −Aunque PéBé se estaba esforzando por pedirlo amablemente, su voz sonaba demasiado autoritaria como para tratarse de un favor.

Nico se dio cuenta.

−Vale, lo que tú digas.

−Y avisa a Yeico, a Duracell y al resto de la Crew que estén disponibles. Os quiero aquí en un par de horas, como muy tarde.

−Oído, cocina, *bro*. ¿Ha pasado algo?

Era evidente que sí, pero PéBé no estaba dispuesto a soltar prenda por teléfono.

−Nico.

−¿Sí?

−No te olvides de traer las balas.

Isaura, que había oído voces, se asomó por la puerta del salón justo cuando el b-boy colgaba. Ambos se sonrieron, pero no había nada que les hiciera gracia.

71. Real Madrid versus F.C. Barcelona

El doctor recibió la pelota y se la pasó a uno de los suyos, los de la equipación azulgrana. De haber tenido árbitro el partido, seguro que a Andrey le habrían pitado fuera de juego; bueno, un árbitro imparcial, claro está, porque, según las reglas no escritas del Panteón, ningún árbitro ruso se habría atrevido a señalar algo en contra de Nikolay Nikoláievich Zaitsev. Él era el mandamás, también llamado *zar*, el único que podía movilizar a un ejército entero de rusos para jugar un partido de fútbol en domingo, solo porque se había contagiado del furor nacional de esos días. Y es que en España solo se hablaba de los cuatro partidos que jugaban el Real Madrid y el Barcelona entre abril y mayo.

Petrov observaba desde el lateral −sentado junto a la pelirroja Svetlana, la recepcionista Kuznetsova y un par de los médicos del Panteón− y tenía que admitir que se lo estaba pasando en grande. No era lo mismo que ver a su jefe derrotando uno detrás de otro a cuantos mercenarios se le ponían por delante en los combates de *sambo*, el arte marcial del ejército ruso. Aquello tenía más ritmo, era dinámico, divertido, puede que hasta emocionante, a pesar de que la mayoría de los participantes no tenían ni idea de jugar al fútbol.

«Esta vez lo ha conseguido» −pensó el ucraniano, peinándose su fino bigotito rubio, después de sorprenderse a sí mismo gritando desde la grada−. «Hasta yo estoy participando, aunque solo sea apostándome una botella de vodka».

Después de ver el sábado por la tarde el partido de liga entre el Real Madrid y el Barcelona (habían empatado a uno, con goles de Cristiano Ronaldo y Lionel Messi), el doctor Zaitsev se había emocionado y había encargado a Galia Kuznetsova que comprara las equipaciones oficiales de ambos equipos. A él no le importaba que la mayoría de las tiendas ya hubieran cerrado o que fuera domingo al día siguiente. Cuando el doctor quería algo, no entendía un "no" por respuesta, así que la secretaria tuvo que ingeniárselas para conseguir esos uniformes.

Y ahí estaban, "echando una pachanga" en la pista de tenis. Por supuesto, el zar no conocía esa expresión española y, en cuanto se la explicó el valido ucraniano, le hizo tanta gracia que ahora no paraba de decir que le gustaba "la pachanga".

No hubo sorpresas y Zaitsev escogió vestir de azulgrana: era la tonalidad más parecida al rojo −su querido rojo− y no paraba de alabar el

juego de Messi. Su valido Petrov tuvo que conformarse con el blanco, pero tampoco le importaba. A él, todo aquello le resbalaba. Solo estaba cumpliendo órdenes. O caprichos, según se mirara.

Para darle más emoción al improvisado encuentro, el doctor quiso que el ucraniano y él hicieran una apuesta. Tras descartar varias opciones, a cada cual más descabellada, se decantaron por una sencilla y elegante, una botella de la mejor vodka del mundo. El perdedor viajaría a la madre patria, Rusia, y buscaría esa botella única, que posiblemente no estaría en venta, pero la conseguiría, usando los métodos que fueran necesarios para ello, hasta regresar y regalársela al ganador. A ambos les pareció una apuesta digna de su particular Real Madrid – Barcelona aunque, para consumarse el premio, tuvieran que esperar a que el asunto de los árabes terminara, después de incendiar La Riviera, provocar la mayor tragedia en España desde la guerra civil y llevar a cabo una resurrección.

Casi nada.

¿Cómo eran capaces de jugar al fútbol con algo así entre manos? Ni siquiera Petrov lo sabía, pero tenía que admitirlo, se estaba divirtiendo. Además, después de lanzar la moneda, le había tocado elegir jugadores a él primero, y con Markov en su equipo −el único mercenario ruso que realmente sabía lo que era jugar al fútbol−, ya tenía medio partido ganado.

El eslavo había metido dos goles y dado el pase para un tercero. Con el marcador a favor, tres a uno, tenía el partido encaminado.

−<¡Mierda!> −gritó Petrov, llevándose las manos a la cabeza.

Encaminado… si no se acabara de resbalar su portero frente al tiro de Andrey, a pase de Zaitsev. Segundo gol del Barcelona ruso. Svetlana se había puesto a aplaudir como una loca, orgullosa de su idolatrado doctorcito. El mandamás del Panteón lo celebraba como si el gol hubiera sido suyo y sus compañeros azulgrana fueron a darle la enhorabuena a él, en lugar de Andrey, que era quien lo había metido. Extraño pero cierto: siendo el jefe el autor del pase todos coincidieron en que era más importante felicitarle a él que al propio goleador.

«Tendría que haber protestado el fuera de juego» −se arrepintió Yuri Petrov, metiendo los mechones rebeldes de su media melena detrás de las orejas−. «Cualquier árbitro lo habría pitado».

Luego miró al científico que tenía al lado.

−<¿Cuánto tiempo queda?> −le preguntó.

El médico ruso controlaba el cronómetro del partido.

−<Menos de diez minutos>.

−<Bien>.

Los azulgrana terminaron de celebrar el gol y regresaron a su campo, renovadas las esperanzas de alcanzar, al menos, el empate. Parecía que se estuvieran jugando un título más que una botella. Claro, estaban en el equipo de Zaitsev. Petrov, que había decidido en el último momento no jugar −mentira, pues él siempre había sabido que no lo haría−, dio instrucciones a su mejor activo, Markov, para que entrara a matar.

Claro que era más fácil decirlo que hacerlo, con el zar enfrente.

−<Señor Petrov>.

Mientras se reanudaba el juego, le reclamaron a su espalda.

−<¿Sí?> −respondió el valido, girándose.

No estaban en ningún campo de fútbol, sino en la pista de tenis del Panteón, acondicionada para el caso, y los recién llegados, se quedaron flipados ante el espectáculo que se desarrollaba al otro lado de la verja.

Dos mercenarios rusos −que no habían sido elegidos ni por Zaitsev ni por Petrov por ser demasiado corpulentos para jugar al fútbol− se detuvieron junto a la grada, acompañados de dos españoles. La diferencia entre ellos era abismal. No parecían miembros de la misma especie. Los soldados del este medían palmo y medio más de alto, estaban hechos de puro músculo y tenían el pelo rubio cortado al estilo militar, perfectamente afeitados. Los españoles, ridículos a su lado, eran ambos morenos tanto de piel como de pelo, aunque uno de ellos era bastante calvo y el otro iba camino de serlo. La barriga cervecera del más bajito resaltaba como una embarazada en un ring de boxeo, y el otro, delgado como un espárrago, tenía una nariz tan pequeña que las gafas le resbalaban constantemente, y tenía que estar todo el rato pegándoselas de nuevo a la nariz.

−<Aquí están nuestros visitantes> −le explicó uno de los rusos, señalando a los recién llegados.

El más gordito de los dos españoles miraba con curiosidad la pista de tenis, sin red y con porterías, en la que se estaba recreando el partido que había visto con sus amigos, en el bar de siempre, el sábado por la tarde.

−Yuri Petrov, valido del Panteón −se presentó el ucraniano, en su perfecto español, ofreciéndoles la mano.

−Alfredo Obregón, biólogo, especializado en crio-biología −contestó el primero.

−Cristóbal Albarracín, neurólogo −añadió el doctor, colocándose de nuevo las gafas−, también experto en criónica.

−Bienvenidos.

Los científicos españoles sonrieron. Y Alfredo Obregón volvió a mirar a la pista.

−¿Quién gana?

−El Madrid −respondió Petrov, viendo a Markov regatearse a medio equipo de Zaitsev para acabar fallando el tiro a puerta.

−Como debe ser −asintió satisfecho el criobiólogo.

−¿Cuando empieza la convención? −quiso saber Cristóbal Albarracín, frotándose las manos.

La criopreservación era una asignatura pendiente en España, por lo que estos científicos no solo eran lo mejor de lo mejor en la materia, sino prácticamente lo único que había. Zaitsev había ordenado traerlos a toda costa y ahí estaban, creyendo a pie juntillas que iban a asistir a una convención sobre los avances de la criónica en Estados Unidos, patrocinado por la *Alcor Life Extension Foundation* de Arizona, la mayor empresa del mundo en preservación de cuerpos humanos en nitrógeno líquido.

−El resto de los ponentes están por llegar, no se preocupe −mintió Petrov, agitando la mano delante de ellos−. Déjenme que les acompañe a sus habitaciones para que puedan ponerse cómodos.

En cuanto dio dos pasos, el valido pudo ver a los que faltaban. El grupo de tres nigerianos vigilaba en la distancia, sin necesidad de acercarse a la pista de tenis. Ellos eran los causantes de que aquellos científicos hubieran dejado de pronto sus quehaceres domingueros y se hubieran embarcado, casi con lo puesto, en un pequeño viaje a La Moraleja, donde supuestamente iba a celebrarse la convención.

Para los africanos había sido muy sencillo manipular las mentes de aquellos dos científicos. En realidad, aquello se parecía mucho a uno de sus deseos. Eran los principales impulsores de la futura Asociación Iberoamericana de Criopreservación que, si todo salía bien, vería la luz a mediados de año. Por eso, la convención que se había inventado Petrov, por orden expresa del doctor Zaitsev, y que habían insertado los nigerianos en la cabeza de Obregón y Albarracín, significaba un paso de gigante para allanar el camino, así que los científicos españoles estaban más que ansiosos por empezar.

Por supuesto, todo era una gran mentira. En el Panteón, de la Alcor, no iba a aparecer nadie, pero sí que iban a trabajar en la materia,

en cuanto los árabes aterrizaran con el cuerpo congelado del pequeño Fénix.

Y con sus tres mil millones de euros preparados.

−<*Hey*, Yuri, siento que no puedas quedarte a ver el final> −le espetaron a su espalda, cuando ya estaban saliendo de la zona de gradas−. <Pero… gracias>.

El valido se giró y vio que Zaitsev, que se había percatado de la llegada de los españoles, se estaba acercando a la verja. Detrás de él, los jugadores de ambos equipos discutían si se había cometido una falta o no.

−<Es mi deber> −contestó Petrov, encogiéndose de hombros.

−<¿Cuánto tiempo queda?> −aprovechó el doctor ruso para preguntarle al científico que llevaba el tiempo.

−<Ocho minutos escasos> −le contestó el otro, comprobando el cronómetro.

La pelirroja Svetlana vio la cercanía del doctor como una oportunidad para besarle, aunque fuera a través de la verja, y lo intentó, lo intentó varias veces y por varios agujeros, pero por muchos morritos que puso no logró que le hiciera caso. Entre el fútbol y los recién llegados, no le quedaba atención para ella.

−<Voy a meter un gol> −le prometió Zaitsev, caminando hacia atrás y separándose de la verja.

−<Pues date prisa> −le señaló Petrov a su espalda, viendo que la estrella del equipo blanco, iba a tirar una falta directa−. <Antes de que Markov termine de rematar el partido>.

Zaitsev se alejó al trote, maldiciendo, y su valido sonrió. Lo mejor de su jefe era que, a pesar de los tropecientos años que tenía, seguía siendo como un niño.

−<¿No es un amor?> −pregunto la moldava, al aire, suspirando por su pichoncito.

Petrov la miró por un segundo, pero no añadió nada. ¿Para qué?

−Síganme, señores −les pidió a los científicos españoles, de nuevo, en su idioma−. Ya verán ustedes: vamos a tener una semana de lo más emocionante.

Obregón se llevó las manos a la espalda, asintiendo con efusividad, mientras Albarracín se ajustaba las gafas, esbozando una tímida sonrisa. Resultaba curioso verles. Aquellos dos genios estaban nerviosos por la convención, no por haberse convertido en prisioneros del Panteón.

Claro que eso ellos no lo sabían.

72. Viaje al centro de la mente

Se miró los puños detenidamente. Sus nudillos no se habían recuperado de los años de juventud boxeando y se habían quedado torcidos, hinchados, deformados. Eran lo único que conservaba de su pasado pugilístico. Ni las medallas, ni los diplomas, ni siquiera el recuerdo de los aplausos de sus últimas victorias en el ring. Había tenido que escoger entre su prometedora carrera diplomática y el incierto mundo del boxeo profesional, y estaba claro qué se había llevado la palma. Al parecer, su habitual ojo morado, el labio partido o el pómulo hinchado no le hacían buena prensa, al menos no con respecto a los tribunales que otorgaban las plazas.

Hacía tanto tiempo de aquello…

Giró uno de los puños delante de sus ojos grises y abrió los dedos, mostrando el contenido de su mano: tres pastillas rojas.

Una detrás de otra se las fue metiendo en la boca y luego las empujó con un generoso sorbo de Vichy Catalán, en copa de cristal.

Bartolomé Casablanca estaba listo para el viaje.

No había hecho la maleta, ni el neceser, en realidad no iba a ir a ninguna parte, pero sí se había cambiado al pasar por casa. Ante ojos poco acostumbrados a las diferencias, el caballero de blanco vestía igual que esa mañana de domingo, cuando en su paseo matinal alrededor del hospital había planeado su viaje, pero no era cierto. Se había cambiado y se había engalanado con uno de sus cuatro Brioni, los que solo se ponía para ir a la ópera o en ocasiones excepcionales. Como cuando había viajado a Moscú en 1998 a matar a Sergei Ustinov, el primero de los rusos. O pasado el año 2000 a Miami, a por Zhukovsky, el segundo.

Según Bartolomé, el viaje que iba a emprender en esos instantes, también merecía vestir de gala, aunque en realidad fuera a permanecer todo el tiempo dentro de la habitación del hospital.

Miró a Fara con gran determinación, y se acomodó en el sillón, junto a la cama. Aún saboreaba en la boca la última conversación que había mantenido con *Churchill*, su vitola de puros habanos favorita.

Se sirvió una copa más de agua Vichy Catalán y se la bebió sin apartar la mirada de la enferma. El primer e inmediato efecto de las pastillas era la sed. Como nunca había tomado tantas de golpe, tampoco sabía en qué forma le atacarían, así que mejor prevenir.

Podía ser que su corazón no aguantara el envite. De hecho, era

bastante factible. Aun así lo había sopesado concienzudamente y se había decidido por el viaje. Si fallaba y moría en el intento, ya había hecho las gestiones para que su antiguo mayordomo, el escocés Clifton McMahon, recibiera instrucciones de cómo actuar al respecto. Tanto para sacar a Fara del hospital como para enterrarlos a ambos.

Pero no era momento de pensar en el fracaso. Había llegado la hora de viajar. Si había alguna posibilidad de rescatar a Fara entrando en el laberinto de su mente, la encontraría.

Bartolomé tragó saliva y notó que su boca seguía seca. Y ya habían empezado los sudores. Rompiendo con sus habituales normas de etiqueta, agarró la botella de agua carbónica y casi se la acabó de un solo trago. Al terminar de beber y abrir los ojos de nuevo, notó lo mareado que estaba.

¿Estaba tonto o qué? ¡Se había tomado tres pastillas! ¡Tenía que darse prisa!

Arrimó la silla un poco más a la cama y asió la mano de la boricua. Él no necesitaba prepararse consumando sacrificios de animales como la mayoría de los cubanos. Era una cuestión de fe verdadera. Si la tenías, ayudaba y mucho; si no, como él, entonces no servía de nada.

«Para este viaje» −pensó Bartolomé− «no me habría venido mal ser un poco más creyente y sacrificar a unos cuantos bichos que me dieran fuerza».

Y es que los cubanos se tomaban muy en serio sus raíces *yoruba* y la relación que mantenían con sus *orishas*. Por eso, habían resultado las víctimas perfectas para asimilar el ácido mentálico y el entrenamiento mental que les protegiera de sus devastadores efectos. Sobre todo, los *babalawos* y las *iyanifás* −que eran como los profesionales entre los santeros−, ganaban una confianza y una seguridad tal cuando hacían correr la sangre de las criaturas (las gallinas, las palomas, los gatos, o lo que consideraban que hiciera falta para alimentar a sus santos), que adquirían una capacidad de concentración mental y una apertura cerebral a la que muy pocos cultos o estados de la mente podían acceder.

Aunque no todo era positivo. La fe, además de dar, también quitaba. Si algunos cubanos habían demostrado a lo largo de la historia del *rusuba* tener la fortaleza suficiente para soportarlo, también, en todos los casos, habían dependido de la relación de tira y afloja que mantenían con sus *orishas*. Eso, a Bartolomé no le pasaba. El sacrificio de animales no aumentaba su fuerza, así que no tenía ese valor añadido, pero, por otro lado, en momentos como ese, casi mejor, porque, ¿de dónde se

suponía que iba a sacar un caballo o algo semejante para matarlo y llenarse de confianza?

Lo que sí resultaba raro, rarísimo, era que Bartolomé hubiera tenido esa mente tan poderosa, tan particular, para ser un buen portal *rusuba* sin creer fervientemente en nada, cosa que los rusos no habían encontrado en sus treinta años de experimentos en Cuba y los veinte restantes repartidos por el mundo.

−Allá voy, *sweety* −murmuró el caballero de blanco, apretando un par de veces la mano de Fara, para que sintiera que estaba ahí con ella.

¿Cuántas veces le había repetido la pelirroja lo afortunado que era por tener la cabeza tan bien amueblada para el *rusuba*? Ya ni lo recordaba. Y mira que habían discutido por el tema de los animales y los rituales santeros. Fara, más unida a sus antepasados africanos y a su crianza latina, los necesitaba, aunque después de ser bombardeada por las retahílas argumentales del abuelo, siempre terminaba doblegándose y aceptando que se podría haber conseguido lo mismo con mentes excepcionales unidas, en vez de al *yoruba*, al yoga, al *chi kung* o a otras disciplinas de meditación.

Porque los rusos habían caído en Cuba al principio de la guerra fría que, si no, ¿quién sabe cómo se habría desarrollado la historia?

Para que el *rusuba* funcionara hacían falta dos personas. El sujeto activo, que manipulaba el cerebro del portal, y el sujeto pasivo, que se dejaba hacer. En la pareja que formaban Fara y Bartolomé prácticamente siempre había sido ella la que llevara la voz cantante, pero en esta ocasión no podía ser. Así que, armado de valor −puesto que ya no había nada que perder−, el caballero Casablanca trató de meterse en la cabeza de la boricua.

Habría podido no pasar nada, absolutamente nada, y que se encontrara en la situación absurda de golpearse mentalmente con un muro, intentando meter su llave en una puerta sin cerradura, pero nada más lejos de la realidad. Fara había estado esperándole.

O sea que sí eran dos.

−¡*Oh, my god*! −soltó Bartolomé, apretando más fuerte la mano de Fara, hasta dejarle los dedos morados.

La mente de la boricua se estaba desplegando delante de él como un libro abierto, otorgándole el permiso de acceder de lleno a sus pensamientos, sus recuerdos, sus intenciones.

Fara seguía viva. Su mente rebosaba vitalidad. Entonces, ¿qué o quién la retenía?

Para su desgracia, las cosas dejaron de ser tan halagüeñas en cuanto dio su primer paso. Aquel libro abierto no tenía sus páginas pegadas, no había lomo que las mantuviera unidas y, en cuanto empezó la búsqueda de respuestas, las hojas empezaron a volar a su alrededor, desparramándose por todos lados. Fara lo sentía dentro de ella, quería ayudarle, guiarle incluso, pero nada podía hacer. Ya no estaba al mando de su propia cabeza. Se lo habían arrebatado.

Bartolomé perdió el equilibrio, fue vapuleado por olas de recuerdos, deslumbrado por luces y extenuado por la velocidad de los acontecimientos. Lo que estaba sintiendo bien habría podido compararse con permanecer solo en la llanura, azotado por una tormenta eléctrica, un huracán y un terremoto al mismo tiempo. El pinchazo que recibió su cabeza fue tan profundo que, en la realidad, Bartolomé soltó la mano de la boricua, y se desmayó sin remedio sobre ella, manchando la ropa de cama con la sangre que brotaba de su nariz y de sus orejas y, lo que era peor, echando a perder su mejor Brioni de seda y cachemira.

Pero estaba dentro, que era lo que importaba.

73. Dos son compañía. Tres, ¿multitud?

−¿Qué miras?

Cynthia abrió la mano y el hueco por el que estaba espiando la calle desapareció detrás de la cortina. Llevaba más de veinte minutos absorta, pegada a la ventana del dormitorio de invitados, y en todo ese rato no se le había quitado de la cara aquella estúpida sonrisa que a Isaura ya empezaba a sacarla de quicio. Después de pasar por delante de su puerta diez o doce veces, y cansada ya de verla con la cara pegada al cristal, se había decidido a interrumpirla.

Porque sabía a quién estaba vigilando.

−Nada −contestó la gallega, evasiva.

Y se volvió a mirar a la negra.

−¿Cómo que nada? ¡Algo estarías mirando! −exclamó ella, desde el pasillo.

A Isaura le constaba que PéBé había bajado a la calle aprovechando el cambio de guardia para dar nuevas instrucciones a sus amigos.

−Bueno, sí −se rindió Cynthia, quitándose las gafas de sol un segundo, para limpiarlas−. Estaba mirando el futuro −anunció con la cabeza bien alta y la misma sonrisa que antes, incluso más pronunciada.

La cubana, harta de los misticismos de la albina, entró en la habitación de invitados, se acercó hasta la ventana y abrió la cortina de par en par. La luz de la tarde entró sin tapujos, iluminando el dormitorio. Cynthia no tardó ni un segundo en protegerse otra vez con las gafas pero, como si eso no bastara, también se retiró unos pasos hacia atrás, hasta quedar pegada a la pared que contenía la puerta.

No rehuía a Isaura, sino el contacto directo de la luz.

−Estás espiando a Álex −fue la acusación−. Déjale vivir en paz.

−¿Paz? Estamos en guerra, chica −al menos, no había dicho niña− y, en la guerra, las decisiones de un líder pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

−Estás loca −fue lo único que se le ocurrió contestar a Isaura después del comentario de Cynthia.

−No. Solo estoy disfrutando del nacimiento de un líder. Nada más −añadió la otra, con el orgullo de una madre en la mirada.

Isaura solo llevaba puesta la sudadera roja del b-boy, la que había encontrado en el armario que más le había gustado, después de darse una

ducha. Aunque también le quedaba enorme y olía un poco raro −¿qué pasaba en aquella casa, que todo olía igual?−, la negra se había paseado de esa guisa, bailando por la casa, inexplicablemente contenta. Aunque no se lo había contado a ninguno de sus dos compañeros de tragedia, vestir así, con la sudadera de PéBé, le recordaba a las películas en las que la chica se ponía la camisa de su amante, y solo la camisa, para viajar hasta la nevera después de una tórrida escena de cama. Aunque Isaura, por su parte, solo podía usar la imaginación, pues no guardaba recuerdos al respecto, la sudadera roja y ella representaban la relación más estrecha que había tenido jamás con un hombretón como su caballero andante.

−Ya −y con ese "ya" la cubana zanjó el tema−. Quería preparar algo de cena, para cuando suba Álex −comentó−, pero no sé cocinar. ¿Tú sabes?

−¿Yo? −Cynthia se mostró indignada ante la pregunta−. No −y se cruzó de brazos−. En casa, con las chicas, siempre cocinaba Lourdes; y si no, tomaba leche con cereales. Me gusta la leche con cereales.

−Pero, ¡algo tendremos que hacer de comida! −exclamó Isaura, poniendo los brazos en jarras.

−A mí no me importa tomar leche y cereales. He visto que tiene −explicó la albina, encogiéndose de hombros−, tanto la leche como los cereales.

−Vale. −Isaura suspiró. Estaba claro que no iba a recibir ninguna ayuda de la gallega−. Pues no te preocupes, Cristina…

−No, si no me preocupo −comentó girándose de nuevo hacia la ventana.

−… que ya me las ingeniaré sola −y saliendo del cuarto, añadió−: a ti te dejaré la leche y los cereales. No vengas luego pidiendo otra cosa.

Cynthia escuchó los pasos de la cubana, alejándose por el pasillo. Mejor así. No quería ser molestada mientras vigilaba a su pupilo.

Volvió a abrir la cortina y dirigió toda su atención a la calle.

−Pásame tu *walkie* y coge este −le ordenó PéBé a Nico−, que tiene la batería cargada.

Nico asintió e hizo el cambio, guardándose el nuevo en el bolsillo. Junto a él estaban Duracell y DobleV, esperando instrucciones. También

se había unido Yeico, pero este solo para despedirse pues terminaba su guardia y estaba deseando llegar a casa para echarse a dormir.

−El mío aún aguanta hasta la noche −dijo DobleV, señalando su riñonera. Normalmente llevaba un par de aerosoles para *grafitear*, pero los había sustituido por el *walkie* y la navaja. Su *walkie talkie* se había cargado un poco a la hora de la comida y tenía batería de sobra para funcionar hasta el siguiente cambio de guardia.

−Perfecto −asintió PéBé, poco convencido.

Lo que a él le preocupaba no era tanto el aparato de radio como la navaja. Les había repetido por activa y por pasiva que no quería que actuaran, solo que vigilaran y le avisaran si aparecía el negro o los negros, dándole así tiempo para la emboscada. DobleV era un tipo sensato: aunque bailaba *break* y se definía como un enamorado de los *graffitis* −suyo era el logo de Poz Crew y el *être forte por être utile* que lucía PéBé en su salón−, también estudiaba Derecho y cumplía año a año con las asignaturas, pasando limpio los veranos, pero ¿cómo actuaría si veía al negro enorme de la cabeza rapada, acercándose al portal?

Ya había visto suficientes cadáveres para el resto de su vida, y no quería tener que lamentar más perdidas por su culpa. Eso ni de coña. Sin embargo, tampoco podía exigirle que le entregara la navaja. Y menos cuando a él le habían dejado una pistola y la tenía metida entre la espalda y el pantalón.

−Dylon y Ghost han confirmado que vienen después del cine −anunció Duracell, leyendo un mensaje de móvil.

Y luego se puso en la boca el porro de marihuana que se había estado liando.

−Deja que me lo encienda yo, Duracell −le pidió Yeico, bostezando−. Le doy un par de caladas y me piro, que estoy muerto. −Dicho esto, le tiró las llaves de su coche a DobleV y recibió el porro, mirándolo con deseo, como si fuera el premio a su trabajo.

−¿Seguro que no te importa, *tron*? −quiso asegurarse PéBé.

Yeico les había dejado su Seat Ibiza así que se marchaba andando a casa. No estaba lejos pero todos sabían que no le gustaba caminar.

−Tranqui −gruñó, con la cabeza ladeada y el porro en los labios, encendiéndolo−. En el paseo, me pongo los cascos, y escucho un rato a Vaughan, que no le doy al inglés desde el viernes. −Levantó el dedo y así avisó de que no había terminado de hablar. Quería darle una super calada al porro antes de seguir, por lo que los segundos de silencio dotaron a su intervención de cierto dramatismo−: este verano −informó,

soltando el aire−, y ya os lo digo desde ahora, me piro un mes a Londres, por si alguien se quiere apuntar.

−En Londres no hace falta hablar inglés −le aguó la fiesta, DobleV.

−Si quieres follarte alguna inglesa, sí, coño −le apoyó Duracell.

Yeico no dijo nada, pero señaló a su amigo, sonriendo. El más joven del grupo sabía de lo que hablaba, aunque todavía fuera virgen. Después de una calada más, le devolvió el porro a su dueño y se despidió.

PéBé observó a sus amigos, satisfecho. Estaba orgulloso de ellos y no podía más que sentirse agradecido. Prácticamente la pandilla entera de Poz Crew había acudido a su llamada de auxilio, y se habían repartido las distintas tareas para cubrirle. Pandora y Rock, su novio tatuador, se estaban haciendo cargo de sacar a los perros, así que él podía concentrarse en proteger el fuerte. Al b-boy no le había hecho mucha gracia el ofrecimiento de la pareja −entre los *piercings*, los tatuajes y las dilataciones de Rock, a los dueños de los perros les podía dar un infarto al verle−, pero al final había accedido. No era momento de mostrarse tiquismiquis. El resto de sus compañeros estaban ahí, con él, al pie del cañón, haciendo guardias de ocho horas. Sin pensárselo dos veces, habían dejado sus vidas para ayudarle. Y se habían organizado de puta madre: entre el Seat Ibiza de Yeico y el Focus de Nico, ambos aparcados estratégicamente en los accesos laterales a la calle, lo tenían todo controlado. Y estaban cómodos, que también era importante, sin pasar frío ni machacar el cuerpo, pasando las guardias con su música, sus porros y sus cervezas.

Siempre y cuando no se pasaran con los porros y las cervezas.

«Si viene el hijo de puta del negro» −pensó el b-boy− «se va a llevar una sorpresa de la hostia. Y yo tendré mi venganza».

Aún no había asumido la muerte de Sandra pero, como se decía una y otra vez a sí mismo, ya tendría tiempo de llorarla más tarde. A veces, la vida corría tan deprisa que uno solo podía pasar página si no quería ser arrollado. Ahora tenía dos personas a su cargo y no podía fallarles. Al pensar en ellas, levantó la mirada hacia la ventana del dormitorio de invitados de su casa y se llevó el dedo índice y el corazón a la frente, inclinando un poco la cabeza, a modo de saludo. Aunque no podía verla, sabía que detrás de aquella cortina −un pelín abierta− estaba Cynthia, vigilando. Y hacía bien. Ella también era parte de su equipo. Aunque los muchachos de Poz Crew no hubieran oído ni hablar de ella.

DobleV y Duracell se pasaron el porro unas cuantas veces, hablando del partido del sábado entre el Real Madrid y el Barcelona y de la nueva

coreografía que estaba montando Pandora, antes de pasar a hablar de mujeres. A Duracell era el único tema que le volvía loco. Indudablemente, estaba necesitado. PéBé habría querido quedarse con ellos un poco más, pero tenía que subirse a casa. La gallega le esperaba para reanudar el entrenamiento mental y esa parte de su plan era tan importante como el dispositivo de vigilancia o la pistola que cargaba encima. No podía olvidarse de que, en la guerra que había comenzado, existían otras armas más allá de las navajas y las pistolas, de las que no se había atrevido a hablar con los suyos.

Sin darse cuenta, mientras se acercaba a su portal, ya se había puesto a silbar los violines de *El último Mohicano*.